

CAPITULO XIV.

Por último, el ejército volvió á ver Smolensko; y llegado á aquel término por tantas veces ofrecido á las penas, los soldados se enseñaban la ciudad unos á otros: ésta aquí ya aquella tierra prometida, en que sin duda su hambre hallará otra vez la abundancia, y su cansancio el reposo; en que los bivaques con diez y nueve grados de frío, van á olvidarse en casas bien calientes: ¡allí, gozarán de un sueño reparativo, podrán componer su vestuario, y se les distribuirá nuevo calzado con ropas acomodadas al clima!

A aquella vista, unicamente los cuerpos escogidos, algunos soldados y los veteranos de los regimientos permanecieron en sus filas; todos los demás vo-

laron y se precipitaron. Millares de hombres, desarmados los mas, cubrieron ambas escarpadas márgenes del Boristenes, y se apretaron amontonados contra los elevados muros y puertas de la ciudad; pero su desordenada multitud, sus semblantes macilentos, ennegrecidos de tierra y humo, sus andrajosos uniformes, las extravagantes vestimentas con que los habian suplido, ultimamente un aspecto extraño, feo, y su espantoso ardor atemorizaron. Se creyó que sino se repelia la irrupcion de aquella muchedumbre rabiosa de hambre, lo saquearia todo, y se les cerraron las puertas.

Se esperaba tambien que este rigor moveria á reunirse. Travóse entonces una horrenda lucha entre el orden y desorden en las reliquias de aquel desgraciado ejército. En balde los unos suplicaron, lloraron, conjuraron, amenazaron y trataron de desquiciar las puertas, y se echaron moribundos á las plantas de sus camaradas encargados de desecharlos, porque

los hallaron inexorables, y les fue preciso esperar la llegada de la primera tropa todavía mandada y en orden.

Era la antigua y nueva guardia. No entraron los hombres desbandados hasta despues de ambas, y así ellos como los demas cuerpos que llegaron sucesivamente desde el 8 hasta el 14, creyeron que no se habia diferido su entrada, sino para proporcionar mas descanso y víveres á las dos guardias. Sus penas los hicieron injustos, y maldigieron una y otra guardia. « ¡Se verian sacrificados incesantemente á aquella clase privilegiada! ¡á aquella vana compostura que ya no se veia la primera mas que en las revistas, funciones, y en las distribuciones particularmente! ¿No tendria nunca el ejército mas que las sobras de ella? ¿Seria menester para lograrlas, esperar siempre que ella estuviese harta? No se les podia responder sino, que tratar de salvarlo todo, seria perderlo todo; que á lo menos era necesario conservar un cuerpo

entero, y dar la preferencia al que pudiera hacer mayores esfuerzos en un lance apurado.

Sin embargo, estos desgraciados estaban ya en aquella tan deseada Smolensko; habian dejado las orillas del Borístenes sembradas con los moribundos cuerpos de los mas débiles de ellos: la impaciencia y muchas horas de expectation habian acabado con la vida. Dejaban á otros muchos en la escarpadura de hielo que les era necesario vencer para llegar á la ciudad alta. Los restantes corren á los almacenes en donde expiran todavía algunos mientras que estan cercando las puertas, porque se las han cerrado. ¿Quiénes son? ¿de qué cuerpo? ¿como reconocerlos? Los distribuidores de víveres son responsables de ellos; no deben entregarlos mas que á oficiales autorizados y portadores de recibos que cambiarán por las raciones que se les confien; y los que se presentan no tienen ya oficiales, ni saben el paradero de

sus regimientos. Los dos tercios del ejército se hallaban en este caso.

Aquellos desventurados se derraman por las calles, sin mas esperanza ya que el saqueo; pero en todas partes diversos caballos dislocados hasta los huesos les anuncian el hambre; rotas y arrancadas en todas ellas las puertas y ventanas de las casas; han servido para alimentar las lumbres de los bivaques: no hallan allí refugios, ni cuarteles de invierno preparados, ni leña; los enfermos y heridos se quedaron en las calles sobre los carros que les han traído. Es todavía, es siempre la fatal calzada que pasa por medio de un vano nombre; es un nuevo bivaque en algunas engañosas ruinas, mas frias todavía que las selvas que acaban de dejar.

Unicamente entonces van aquellos hombres desbandados en busca de sus banderas, reuniéndose á ellas momentáneamente para hallar víveres, pero acababa de distribuirse cuanto pan habia

podido hacerse, y no habia ya galleta ni carne. Les entregaron harina de centeno, legumbres secas, y aguardiente. Inauditos esfuerzos fueron necesarios para impedir que los destacamentos de los diferentes cuerpos se matasen entre sí en las puertas de los almacenes; en seguida, cuando despues de largas formalidades se habian entregado aquellos ruines víveres, se negaban los soldados á llevarlos á sus regimientos, se echaban sobre los costales, sacaban de ellos algunas libras de harina, y se iban á ocultar para devorarlas. Lo mismo sucedió con el aguardiente: se hallaron en el siguiente dia las casas llenas de cadáveres de aquellos desdichados.

Finalmente, aquella funesta Smolensko, que el ejército habia mirado como término de sus tormentos, no denotaba mas que el principio de ellos. Una inmensidad de penas se desarrollaban á nuestra vista, y era preciso marchar cuarenta dias mas bajo de aquel yugo fér-

reo. Sobrecargados ya los unos con los presentes males, se anonadaban y caian rendidos al peso de aquellos venideros horrores, y algunos otros se sublevaron contra su malhadada suerte: no contaron ya sino consigo mismos, y resolvieron vivir á cualquiera costa.

Desde entonces, segun se hallaron ser los mas fuertes ó mas débiles, arrancaron violentamente ó hurtaron á sus moribundos camaradas, las subsistencias, ropas y hasta el oro de que habian llenado sus mochilas en vez de víveres. Despues aquellos desastrados á quienes la desesperacion habia conducido al latrocinio, arrojaban las armas para salvar su infame botin, aprovechándose de una situacion comun, de un nombre obscuro, de un uniforme hecho desconocido, de la noche, y últimamente de cuantas especies de oscuridades sirven de capa á la bajeza y al delito. Si varios escritos ya publicados no hubieran ponderado estos horrores, hubiera guardado mi lengua

un profundo silencio sobre tan repugnantes individualidades, porque fueron raras estas atrocidades, y las mas reprehensibles llevaron su merecido castigo.

Llegó el emperador el 9 de noviembre, en medio de aquel deseconsolado espectáculo. Encerróse en una de las casas de la plaza nueva, no salió de ella hasta el 14 para proseguir su retirada. Contaba con quince dias de víveres y forrages para un egército de cien mil hombras; y no halló la mitad en harina, arroz y aguardiente. Habia falta de carne, se oyeron sus enfurecidos gritos contra uno de los sugetos encargados de este abasto. El proveedor solo consiguió la vida arrastrándose arrodillado por mucho tiempo á las plantas de Napoleon. Las razones que alegó hicieron quizás mas en favor suyo que todas sus súplicas.

« Cuando llegó, dijo, las bandas de rezagados que el egército habia dejado tras sí al adelantarse, habian, como si digéramos, sitiado de pavor y destruc-

cion la ciudad de Smolensko, en la cual se perecia de hambre como en el camino. Luego que se hubo restablecido algun orden, únicamente los judíos se habian ofrecido á suministrar los víveres que faltaban. Algunos señores de Lituania, movidos de un impulso mas noble, proporcionaron algunos socorros, y últimamente parecieron los cuantiosos convoyes de víveres juntados en Alemania: eran los carruages del Franco Condado, los cuales habian atravesado los arenales de la Lituania, y aun no habian traído mas que doscientos quintales de harina y arroz, y con ellos llegaron tambien muchos centenares de bueyes alemanes é italianos.

« Sin embargo, el amontonamiento de los cadáveres en las casas, patios y jardines, y las exhalaciones mortíferas inficionaban el aire. Los muertos mataban á los vivos. Tanto los empleados como infinitos militares, habian sido asaltados de aquel contagio: los unos se

volvieron como tontos; lloraban ó clavaban unos ojos hoscos y tenaces en la tierra. Hubo otros cuyo cabello se puso atiesado, derecho y retorcido en cuerdas; y despues en medio de un torrente de blasfemias, de horribles convulsiones, y de una risa mas horrenda todavía, se habian caído muertos.

« Al mismo tiempo, habia sido necesario matar el mayor número de los bueyes traídos de Alemania é Italia. Aquellos animales no querian andar ni comer. Hundidos de nuevo sus ojos en la órbita, estaban tristes y sin movimientos: mataban á aquellos animales, sin que ellos tratasen de evitar el golpe. Han acaecido otras desgracias: han sido interceptados muchos convoyes: nos han cogido diversos almacenes, y acababan de llevarse en Kranoë un coto carnicero de ochocientos bueyes. »

Añadió este proveedor, « que tambien era necesario atender á la gran cantidad de destacamentos que habian pasado

por Smolensko; á la parada que allí habia hecho el mariscal Victor con veinte y ocho mil hombres, y unos quince mil enfermos, y á la multitud de guardias y merodistas que la sublevacion y proximidad del enemigo habian vuelto á echar dentro de la ciudad. Todos ellos habian vivido á costa de los almacenes; habia sido necesario entregar por dia, cerca de sesenta mil raciones: ultimamente, se habian encaminado diversos víveres y rebaños hácia Moscou, hasta Mojaïsk, y hácia Kalougha, hasta Elnia.

Muchas de estas alegaciones eran fundadas. Habia tambien una escala de varios otros almacenes, desde Smolensko hasta Minsk y Vilna. Estas dos ciudades eran, mucho mas todavía que Smolensko, centros de abasto, cuya primera línea formaban las plazas del Vistula. Era inconmensurable la totalidad de los víveres distribuidos en aquella extension; los esfuerzos para transportarlos allí, agigan-

tados, y el resultado casi nulo. Eran insuficientes en aquella inmensidad.

Así, las grandes expediciones se arruinan con su propio peso. Se habia pasado mas allá de los límites humanos: queriendo el ingenio de Napoleon ser superior al tiempo, al clima y á las distancias, se habia perdido en el espacio; y por mas grande que fuese la medida, habia ido mas allá.

Ademas se enfurecia por necesidad; no se habia hecho ilusion á sí mismo sobre aquella privacion, y unicamente Alejandro le habia engañado. Acostumbrado á triunfar de todo con el terror de su nombre, y con el asombro que su audacia, su ejército, él mismo y su fortuna infundian, lo habia aventurado todo á un primer movimiento de Alejandro. Era siempre el mismo hombre de Egipto, Marengo, Ulma y Eslingen. Era Fernan Cortés, el Macedonio incendiando sus naves, y especialmente que-

(296)

riendo, á pesar de sus soldados, internarse todavía mas en el Asia desconocida; y finalmente, era otro César arriesgando toda su fortuna en un debil esquite.

FIN DEL TOMO TERCERO.

